

## **DOMINGO IV DE PASCUA (B)**

**Homilía del P. Josep M. Sanromà, rector del Santuario de Montserrat**

**3 de mayo de 2009**

**Hch 4 ,8-12. 1Jn3 ,1-2. Jn 10 ,11-18**

Hace ya algunos años, en un rato de diálogo con un grupo de jóvenes, me preguntaron qué escena evangélica escogería para resumir el contenido y el sentido de la vida cristiana y por qué. Les dije enseguida: la mañana de pascua, porque veo al cristiano en búsqueda de su Señor, a veces con la sensación de ir a oscuras, como de noche y sabiendo que el sepulcro está cerrado y guardado, pero a pesar todo, la fe en Jesús y todo lo que de él ha recibido a lo largo de los años hace que siga haciendo camino, y de golpe la sorpresa, la tumba vacía, Jesús ha resucitado, no está allí, no lo busques muerto porque está vivo, dicen unos testimonios sentados a la entrada del sepulcro; Dios Padre ha confirmado así la obra y la vida de Jesús para que creamos en él, el mismo día unos que iban de camino, más bien desanimados lo han reconocido en el momento de partir el pan, pero han abierto los ojos demasiado tarde, y el grupo de discípulos no se lo creían hasta que se les ha aparecido y ha comido con ellos, retrayéndoles su poca fe, y con esta misma fe, poca o mucha, seguimos haciendo camino hoy. Jesús resucitado es la plenitud, la razón y la fuerza de la vida del cristiano, siempre y cuando su fe sea algo real y concreto en su día a día, como lo es sentarse a la mesa compartiendo la comida como haremos ahora.

Uno de los jóvenes que me escuchan me preguntó: pero, ¿estás seguro de que Jesús resucitó? No, le dije, no lo sé ni con mucha ni con poca seguridad, pero lo creo, no me hace falta más; ya me gustaría saber qué pasó aquella mañana y qué vivieron los amigos de Jesús que les transformó la vida de aquella manera, y tanto que me gustaría, pero también creo que un día lo llegaré a saber; de momento me toca intuir esto desde lo que la pequeña experiencia de fe de cada día me hace sentir, y eso es lo que me lleva a creer y, de alguna manera a entender, que la mañana de pascua es el sello de autenticidad con el que Dios Padre marca, como un orfebre marca su obra, la vida de Jesús y la de la comunidad cristiana.

Hay quien piensa que la vida de Jesús sin la resurrección habría sido un fracaso, pero no podemos olvidar todos los momentos, que hoy diríamos "de éxito" o como decía Jesús de "presencia del Reino", en los que su palabra y los signos que hacía cambiaban la vida de quienes se acercan creyendo y confiando en él, o bien los sorprendía con la severidad con que trataba a quienes le ponían trampas para hacerle caer y tenían que retirarse, sin embargo, es cierto que todo ello quedó eclipsado por la muerte de Jesús en la cruz, pero fijémonos en un detalle de aquella mañana de Pascua: a pesar de saber que el sepulcro estaba cerrado y vigilado, hay un grupo de mujeres que por amor a Jesús, van al sepulcro para ungir el cuerpo muerto del amigo a quien aman profundamente porque con su presencia trastocó el sentido de su vida, este es el éxito o el milagro de la vida de Jesús, y la caminata de noche les vale ser testigos de la resurrección, el sepulcro está vacío, el amigo les sale al encuentro, creer se convierte en motivo de gozo y de esperanza, la muerte ya no tendrá nunca más la última palabra si le escuchamos y creemos en él, que desea que nuestra vida encuentre también su sentido auténtico.

Si los signos de Jesús afectaban directamente a sus seguidores, su resurrección nos afecta a todos, a los discípulos de entonces y los creyentes de hoy, todos, por el nombre de Jesús somos llamados por la fe, como el paralítico de la puerta hermosa fue llamado por Pedro a levantarse y a caminar, es la vida nueva. En el nombre de Jesús se nos da la salvación que nadie más nos puede traer, en su nombre hacían milagros los discípulos y los siguen haciendo hoy, el nombre de Jesús es lo que Dios

Padre nos da como prenda de su amor inagotable, no sólo enviándonos a Jesús, hecho uno como nosotros, sino también y gracias a su sacrificio, reconociéndonos como hijos, y es como hijos que debemos hacer nuestro camino de fe hacia el Padre a pesar de la oscuridad que nos pueda suponer el no sentirnos reconocidos o el tener la sensación de que para algunos estorbamos. ¿No será tal vez que no acabamos de decir bien claro lo que vivimos y lo que recibimos de nuestra fe, o que nuestra manera de vivir no acaba de ser consecuente con lo que decimos que creemos? ¿No os parece que si la fe nos identificara un poco más como personas positivas y esperanzadas, no se nos miraría de otra manera?

El Evangelio nos ha propuesto la imagen de Jesús como el Buen Pastor que da la vida por las ovejas, que no las deja atrás ni las abandona ante el peligro. Pero por más bueno que sea el pastor, si las ovejas no lo conocen no lo siguen. Escuchemos bien a nuestro Pastor, dejemos que su palabra entre dentro, que su imagen se grabe profundamente en el corazón. Estamos en la mitad del tiempo de pascua, al final el Señor nos dará su Espíritu y nos enviará a ser pastores en su nombre; que este signo de confianza en nosotros, nos encuentre empapados de su mismo amor y de su misma fe y confianza en el Padre que se nutren de los momentos de encuentro con él en la oración y en la palabra y que renuevan y transforman día a día nuestra vida.